



LA VENDEDORA DE BESOS

Giovanna Zuluaga

LA VENDEDORA DE BESOS



Primera edición: diciembre 2020
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Giovanna Zuluaga

ISBN: 978-84-18544-40-8
ISBN digital: 978-84-18544-41-5
Depósito legal: M-29523-2020

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a aquellos que han sido víctimas de algún tipo de violencia

NOTA DEL AUTOR

Luego de una alianza entre liberales y conservadores a finales de los años cincuenta, se mantuvo en Colombia una tensa calma. Las autodefensas campesinas del sur del departamento del Tolima se habían negado a entregar las armas alegando desconfianza hacia ese acuerdo del Estado. A principios de los sesenta fue asesinado un líder de aquella región, lo que ocasionó el regreso a la lucha armada de varios comunistas incluido Manuel Marulanda Vélez alias Tirofijo, en territorios donde el dominio del Gobierno era mínimo. Los asentamientos guerrilleros se internaron entonces en las montañas.

Poco después, estos se organizaron bajo el mando de Tirofijo para crear una fuerza insurrecta conocida como Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP). A lo largo del desarrollo de la guerra, y en especial en los años ochenta, se fortalecieron con ayuda de actividades ilícitas como la extorsión, el narcotráfico, el secuestro y ataques y tomas a municipios. Fue así como pasaron de ser una guerrilla pequeña a una en expansión, con una amplia presencia al sur del país.

La vendedora de besos es una novela de ficción basada en hechos reales ocurridos en Colombia en la época previa al inicio de los diálogos de paz entre el gobierno colombiano encabezado por el presidente Juan Manuel Santos con aquel grupo guerrillero y su posterior desmovilización, después de medio siglo de conflicto interno. Entrelaza las historias de tres mujeres sin aparentemente nada en común y con vidas tan difíciles como inspiradoras.

Los nombres de los lugares citados han sido cambiados en consideración a los involucrados.

ÍNDICE

I. OSCURIDAD Y LUZ	13
1 JULIA	15
2 SOFÍA	21
3 MARÍA.....	27
II. SOMOS GRISES	31
4 JULIA	33
5 SOFÍA	43
6 MARÍA.....	53
III. ELLAS, LAS ASESINADAS.....	57
7 JULIA	59
8 SOFÍA	65
9 MARÍA.....	79
IV. NO SOY TUYA	85
10 SOFÍA	87
11 JULIA	95
12 SOFÍA	99
13 MARÍA.....	107
V. OJOS SIN PÁRPADOS	113
14 JULIA	115
15 SOFÍA	123

VI. LO INEFABLE	141
16 MARÍA.....	143
17 SOFÍA.....	151
18 MARÍA.....	155
VII. CUESTIÓN DE ESTADÍSTICAS	165
19 JULIA.....	167
20 SOFÍA.....	173
VIII. LA VENDEDORA DE BESOS.....	179
21 MARÍA.....	181
22 JULIA.....	187
23 SOFÍA.....	193
IX. SOY TODAS ESAS	205
24 MARÍA.....	207
25 ARIEL.....	211
26 SOFÍA.....	215
27 CAMILO	227
28 MARÍA.....	231
X. AUSENCIA.....	237
29 SOFÍA.....	239
30 JULIA.....	249
EPÍLOGO.....	257

I. OSCURIDAD Y LUZ

¡Bang!

El aullido de una bala solitaria arañó el aire enrarecido de aquella gélida noche de octubre. Sus fauces de metal hambrientas de destrucción buscaban en qué hincarse, con la urgencia de aquello que solo pretende suscitar dolor. Ella corrió a lo que daban sus piernas, sintiendo tras de sí las inconfundibles zancadas de la muerte. Cayó gritando al tropezarse con un bulto amorfo y entonces, una mano le cubrió la boca para silenciarla, quizá para siempre.

1

JULIA

Me senté de golpe, estirando los brazos como si intentara afe-rrarme a una entidad invisible, a la vez que un grito rasgaba la oscuridad que envolvía la pieza. Tardé una fracción de segundo en entender que aquello que me había despertado había nacido en mi propia garganta. Llevé instintivamente las manos a los costados de mi cuerpo, cubriéndome el pecho, abrazándome, como para impedir que mi corazón se saliera, justo antes de pasármelas por la cara sudorosa y así comprobar que realmente era yo y no la del sueño. Mis dedos tropezaron con mis ojos desorbitados, aterrados y luego con mis labios entreabiertos. La penumbra era tan absoluta que me costó asimilar que ya estaba despierta.

—¿Qué pasa? ¿Otra pesadilla? —preguntó Cristóbal, adormi-lado, desde el otro lado de la cama. Por fortuna, su sueño era tan pesado que mi grito no lo alteró demasiado.

—Sí, lo siento, no quería despertarlo —me disculpé mientras recuperaba el aliento y me tumbaba de nuevo, dándole la espalda.

—Últimamente son más frecuentes —continuó él mientras lo sentí acercarse despacio, tanteando mi cuerpo en la oscuridad.

—Ajá. Duérmase, recuerde que le toca madrugar —le dije cor-tante, cambiando de tema y repeliendo su contacto.

—Si ve, Julia, usted cuando tiene esas pesadillas se pone toda rara conmigo —contestó levantando la voz —se cierra como una maldita ostra, como si yo le hubiera hecho algo. ¡Ya

qué dormir ni qué nada! Me jodió el buen humor y me quitó hasta el sueño...

Esa era una expresión que utilizaba con frecuencia, que yo le jodía el buen humor, como si evitar que me tocara tuviera la capacidad de causar ese efecto. A lo mejor así era y la equivocada era yo. Cristóbal tenía ese poder sobre mí, el de hacerme sentir culpable de cada detalle, prácticamente cada día de nuestra vida juntos.

Le iba a pedir que no gritara, recordarle que en el inquilinato donde vivíamos las paredes parecían de papel y que doña Sagrario ya nos había llamado la atención por las peleas en incontables ocasiones, pero callé. De nada servía apelar a la dueña de casa cuya habitación se encontraba justo sobre la nuestra, eso solo lo habría enfurecido más. Imaginé a aquella desvalida vieja bajando las escaleras hasta el patio, con sus setenta y tantos años a cuestas, ligeramente jorobada y, para colmo, coja de una pierna. Casi pude ver a «doña Cuasimodo», como la llamaba Cristóbal a sus espaldas, aporreando la puerta y pidiéndonos callar, como tantas otras veces, mientras nosotros prometíamos lo usual: que no iba a volver a pasar. Pero pasaba, sin falta y con la precisión de un reloj.

Solía pensar que Cristóbal no era violento, porque pocas veces me había puesto la mano encima; pero, indudablemente, se exaltaba con facilidad, en especial cuando no lograba descifrarme.

Mi pecho se fue sosegando mientras él se giraba como en cámara lenta, dándome la espalda y dejando entre los dos ese hilillo de frío que se cuela entre las parejas que se van a dormir peleadas. En la madrugada logré conciliar el sueño, poco antes de que sonara la alarma, y cuando la apagué me di cuenta de que él ya se había marchado.

Desde que tengo memoria, he creído que las vidas de todos los seres humanos se quedan suspendidas en aquel momento que los

marca perpetuamente. Por ejemplo, aquella mujer que quiso ser madre dirá que el instante más bello de su vida fue cuando por fin tuvo en brazos a su hijo, como si los dolores e incomodidades del embarazo y el parto fueran automáticamente borrados por ese segundo de felicidad indescriptible que evoca una y otra vez. Pero me atrevo a decir, sin temor a equivocarme, que desafortunadamente para la mayoría de las personas, ese momento que nos define no es precisamente el más feliz sino el más traumático de nuestra existencia.

Cuando nací, mi familia ya era numerosa, aunque en el campo esa abundancia es natural: los hijos se reciben sin cuestionar y conforme Dios los va mandando. Sin embargo, hacía tiempo que cada retoño que llegaba no era un motivo de una alegría excesiva, cosa que sí ocurre en muchas familias, en especial de clase media y alta. Yo suponía una boca más que alimentar y una cuota adicional que pagar en la modesta escuela rural. No es que me esperaran con desgano o desagrado, sino que el que yo naciera no era algo práctico, por llamarlo de alguna manera. El hermano que me seguía me llevaba seis años, así que mis padres ya daban por sentado que la fábrica se había cerrado.

En mi casa la ropa se heredaba y, si algo se deterioraba, se remendaba; si se rompía, se arreglaba. Eso para Sofía habría sido un motivo de trauma, como dice la gente de su clase, gente que piensa que todo en la vida es reemplazable y prescindible, tanto las cosas como las personas.

Hacía casi un mes no visitaba a mi madre en casa de los Zubietta, porque en realidad prefería encontrarla en cualquier otro lugar cuando ella tenía salida los domingos. Mi excusa del trabajo y el estudio, y ni qué decir de mi papel de ama de casa era perfecta para irle dando largas a esas visitas, y mi progenitora lo entendía. Y es que, aunque yo me crié en esa casa, jamás la sentí como mía. Nunca fui más que la hija de la señora del servicio.

Conscientemente solo ponía un pie en ese lugar cuando no había nadie más que mi madre, para evitarme la molestia de tener que

saludar, contarles qué era de mi vida, aunque ya lo hubiera dicho en alguna otra ocasión. Para ellos, mis asuntos eran tan intrascendentes que simplemente no ocupaban espacio de almacenamiento en su memoria. En especial no iba cuando sabía que Sofía estaría visitando a sus padres. Llevaba años sin verla y era mejor así.

Recuerdo el día que conocí a la única hija de los Zubieta. Como una caridad de fin de año, la señora nos había rescatado a mi madre y a mí de las entrañas grises de la ciudad indolente que es Bogotá, llevándonos luego a su casa y contrariando las advertencias de su esposo, uno de los abogados más prestigiosos del país. Y no es que ella fuera un alma de Dios, simplemente es de esas mujeres que se autodenominan caritativas y que hace cuanta cosa habida y por haber con tal de «agradar a nuestro Señor», aunque su lengua fuera en contravía de lo que decían sus actos.

Ese día Sofía lucía espléndida, parecía un ángel de diez años, alta, de piel pálida y mejillas ligeramente sonrosadas. Llevaba un hermoso vestido blanco y el cabello cuidadosamente peinado en una trenza elaborada, de esas que hacen en los salones de belleza elegantes. Yo tenía siete recién cumplidos y estaba sucia y despeinada.

Mi madre y yo llevábamos un par de meses en la capital, tiempo durante el cual ella trabajó intermitentemente en lo que saliera, incluso vendiendo dulces en el transporte público, lo necesario para no pasar hambre y tener un lugar decente donde dormir por las noches. Sofía nos miró con curiosidad, como quien observa un par de ranas en la clase de biología justo antes de diseccionarlas. Yo, por mi parte, me escondí tras la falda de mi madre y cerré los ojos, pensando que de ese modo ella no podría verme.

Adaptarme a la capital no fue nada fácil, a sus reglas, a su dinámica, a la velocidad con que se hacían las cosas. Pero salí avante, con la resiliencia que caracteriza a las personas de mi pueblo, y de aquellas pruebas salí fortalecida, aunque no curada del todo de los horrores del pasado. Me costó acostumbrarme, pero finalmente encontré en el estudio un refugio y un sentido a mi vida. Sin em-

bargo, durante muchos años me sentí incapaz de hacerme cargo de mi propia existencia.

Jamás tuve nada que fuera enteramente mío, tal vez por esa razón, cuando Cristóbal se marchaba a trabajar, la cama se me hacía tan grande, porque la compartía con mis hermanas cuando era niña, y después con mi madre cuando vivía con ella en casa de los Zubieta.

Nunca le confesé que, cuando él no estaba, dormía poco y mal y que, a pesar de mis veintidós años, aún dejaba la lamparita de la mesa de noche encendida. Si él lo hubiera sabido, si hubiera conocido todo de mí, de seguro no me habría dejado sola por lapsos tan prolongados. Pero esas sombras, esa faceta oscura que guardaba celosamente, como la ostra con la cual me comparaba Cristóbal, esa jamás se la había enseñado a nadie.

Cuando él completó una semana por fuera de la ciudad, la soledad empezó a pesarme y no es que extrañara su compañía en sí, no del todo. Aunque estuviera mal decirlo teniendo en cuenta que vivíamos juntos hacía un par de años, tal vez más. En todo caso, él llevaba esas cuentas mejor que yo. Lo que extrañaba verdaderamente era el calor inquietante que emanaba de su cuerpo. Cuando lo buscaba en las noches y me aferraba a su espalda, no necesariamente lo estaba invitando a poseerme; a veces era solo para rodear su cintura con mi brazo derecho mientras mi mano izquierda acariciaba su cuello, como peinando su pelo ensortijado con mis dedos. Él creía que lo hacía para ayudarlo a dormir, aunque en realidad era para lograr conciliar mi propio sueño o a lo mejor para evitar las pesadillas.

2

SOFÍA

Camilo no lo había notado, pero llevaba un par de horas observándolo trabajar absorto, alternando su mirada entre su *laptop* y su iPhone. Ocasionalmente, se sonreía con este último y escribía un par de frases, ajeno a mi presencia. De vez en cuando consultaba algún documento refundido en su maletín de cuero negro, fruncía el entrecejo y continuaba tecleando o miraba fijamente hacia la pared unos segundos, hablando consigo mismo. Debía estar trabajando en algún caso importante del que aún no me comentaba nada; y era extraño, porque si de algo le gustaba hablar a Camilo era de sí mismo, de sus casos y sus asuntos. Era algo sistemático el que trajera trabajo a casa, me ignorara y luego de repente rompiera a hablar y me contara cómo desarmó el argumento de algún colega o fiscal con su bien conocida elocuencia.

En realidad, no lo miraba a él, es decir, no delineé con mis ojos la forma de su rostro, ni reparé demasiado en el pijama de diminutos cuadros azul celeste que llevaba. Trataba de ver más allá, de intentar adivinar qué pensaba, de descifrar lo que se escondía tras sus gestos, que me hablara a través de sus movimientos. Tal vez estaba loca por procurar esa comunicación no verbal, pero es que la verbal ya estaba más que agotada. Mi esposo y yo pocas veces teníamos algo que decirnos. ¿Adónde vamos a cenar? ¿Cómo te fue hoy? Preguntas básicas y prefabricadas que se repetían y se respondían una y otra vez, como parte de un guion aburrido y pre-

decible. Pero eso sí, si le preguntaba cómo le había ido en alguna reunión con mi padre o por algún caso que estuviera llevando, era como abrir un grifo y que este fuera imposible de cerrar. El rostro le cambiaba, hasta la postura corporal, sonreía, se dejaba llevar y le bastaba con un «ajá» ocasional de mi parte, algo que le hiciera creer que seguía el hilo de su verborrea, momento que yo aprovechaba para contar las grietas inexistentes del techo o pensar en el color de mi próxima manicura.

Sé que suena contradictorio, el querer saber de él y a la vez entrar en esa especie de modo avión cuando me hablaba. Aquello se debía a que, aunque de su boca salieran palabras, era como si él no las pronunciara, como si mantuviera siempre una especie de fachada, de postura, una mentira perpetua que no me permitía conocer al verdadero Camilo.

Por alguna razón no lograba concentrarme en el tema del reportaje titulado «Mujeres en las filas de la guerrilla», que escribía para la revista digital en la cual trabajaba. Las ideas se me escapaban en cuanto trataba de plasmarlas en el papel y cuando finalmente lo lograba, me parecían tan absurdas que terminaban tachadas, asesinadas y sepultadas en el panteón blanco de mi libreta.

Luego lo comprendí, eran esas paredes inmaculadamente pulcras y claras que me agobiaban, me asfixiaban al punto de querer gritar, pero por desgracia mi autocontrol o mi crianza de «niña bien» me lo impedían. Según Camilo, las paredes eran blanco perla, pero para mí solo existía un tono de blanco, el simple y aburrido que cubría como un manto mi existencia.

Los minutos pasaron implacablemente, deslizándose entre mi esposo y yo como intrusos. Me acerqué a la ventana del estudio, envuelta en mi bata de satín rosa pálido y pasé frente a él, quien no se volvió para mirarme. En la calle no se veía nadie, aunque no me sorprendió, era domingo y aún temprano. Por lo general esa zona de la ciudad era poco frecuentada, a excepción del personal de servicio y de los propietarios, que rara vez transitaban a pie.

Apoyé una mano sobre la ventana, luego mi frente la imitó y el vaho de mi aliento quedó allí atrapado, tan atrapado como yo. Entonces cerré los ojos y creo que fue en ese breve momento en que me decidí a hacerlo, a embarcarme en aquella aventura que cambiaría irremediabilmente mi vida. Fue extraño, como si al tomar esa decisión me hubiera quitado un peso de encima, mis hombros tensos hasta un instante atrás, de repente se relajaron. El miedo no me había abandonado, no era eso, pero el simple hecho de mi resolución de algún modo me liberaba y podía pasar a lo siguiente.

Desanduve mis pasos, cruzando de nuevo frente a mi esposo. Él finalmente levantó la mirada y no me dijo nada; su incógnita expresión, casi fastidiosa rayando en lo molesta me lo dijo todo. Luego la suavizó un poco y me disculpé sin saber por qué, como siempre lo hacía; era como un libreto tácito entre Camilo y yo, sus miradas duras, sus reproches, enfrentados con mis disculpas y mis silencios. Decidí entonces tomar un baño; no soportaba cuando me miraba así, necesitaba escapar de sus ojos oscuros y acusadores.

Nuestra habitación conectaba con un vestidor y un tocador que sería el sueño de cualquier mujer. La ropa estaba organizada por color y algunas prendas aún conservaban la etiqueta. A la izquierda se encontraba la mía y a la derecha la de Camilo, aunque confieso que yo le había robado bastante espacio. Coleccionaba zapatos, en una búsqueda incansable de acumular objetos para usarlos una, tal vez dos veces antes de cansarme, como sintiéndome incapaz de alcanzar lo deseado.

Lo material supuestamente nos acerca a la felicidad, y deberíamos conservar únicamente aquellas cosas con las que nos conectamos emocionalmente, al menos en la opinión de los gurús orientales del orden. Sin embargo, a pesar de la prolijidad de mi armario, la conexión con aquellos objetos era prácticamente nula y curiosamente lo mismo podría decir de mis vínculos con las personas que me rodeaban.

El vestidor se abría a un baño amplio de frío mármol, con doble lavabo, también blanco para variar. Mientras la tina se llenaba y el

vapor inundaba la estancia, preparé un atuendo para salir a trotar. Además de escribir, era una de las pocas actividades que disfrutaba genuinamente, el sentir mis pies enfrentándose al pavimento, mi cuerpo entero rompiendo el aire aún frío de la mañana, mis pulmones llenándose de ese mismo aire, antes de exhalar llevándose parte de mi agobio y mis pesares. Mi psicoanalista decía que las emociones suelen manifestarse físicamente y que por ejemplo la tristeza lo hace a través de los pulmones. No sé qué tan cierta sea esa afirmación, pero era innegable que en ocasiones me sentía incapaz de respirar, como si una dama invisible encontrara divertido sentarse sobre mi pecho. No era una sensación de tristeza, era algo peor: el vacío.

Repasé mentalmente mis acciones a seguir mientras me sumergía en el agua tibia, incluso la cabeza como ya era mi costumbre dominical y me mantuve allí, aguantando la respiración con los ojos fuertemente cerrados. Entre semana los agobios y las prisas laborales y personales, solo me permitían una ducha caliente pero apresurada. Recordé la única vez que compartí esa tina con Camilo, la primera noche que pasamos en aquel, nuestro apartamento. Ese día regresábamos de un corto viaje de luna de miel de diez días en la isla de Ibiza. No era el destino que yo habría elegido, pero sí uno de los lugares favoritos de mi esposo, por sus cálidas costas y su agitada vida nocturna, algo totalmente opuesto a mis gustos que me inclinan hacia el frío y el silencio. Por otra parte, la combinación de playa y rumba es algo que puede encontrarse en cualquier lugar del caribe por lo que un vuelo tan prolongado se me hizo innecesario. Sin embargo, no me opuse. No quise convertirme en una de esas *bridezillas* que enloquecen pocos días antes de su boda y como casi siempre hacía, terminé dándole gusto a otros menos a mí.

Regresando a aquella primera noche en el apartamento, recuerdo llegar agotada, el *jet lag* aporreando mis sienes, convertido en un mareo que me tenía al borde de la migraña, los incontables obsequios de boda dispersos en la sala y sobre el sofá, el vestido de

novia de corte princesa, cuidadosamente guardado en una funda blanca como un recordatorio de que ya era una mujer casada. Las noches de fiesta y el no lograr conciliar el sueño en todo el vuelo de regreso a pesar de la comodidad de primera clase, me pasaron factura.

Camilo me sirvió una copa de vino blanco que no rechacé y se acercó a mi espalda, atrapándome entre su cuerpo y el mesón de la cocina. Bebí un sorbo largo y exhalé sintiendo su virilidad sobre mí, cargada de promesas. Apretó mi mano derecha ligeramente, de modo que solté la copa y entonces me giró para besarme. Separó mis labios con los suyos, ayudado por su lengua anhelante que buscaba la mía. El gusto a *whiskey* de su boca se fundió con el sabor a vino de la mía, creando un coctel de licor y deseo.

Nunca fui una mujer muy sexual... Me consideraba tan helada y aburrida como el mármol que criticaba; sin embargo, me dejé llevar por el momento, comportándome como se esperaba de mí en esa situación, a pesar del cansancio. Entonces me levantó ligeramente, sentándome sobre el mesón y ocupando el espacio entre mis piernas completamente separadas. Sus manos pasaron de mis rodillas a mis muslos hasta posarse en mi cintura. Las mías, por su parte, acariciaban su espalda, su nuca, su cabello, en una actitud más fervorosa que de costumbre. Ni siquiera de novios o en nuestra noche de bodas habíamos sido tan apasionados. Era una sensación nueva, y a la vez deliciosa, que me hizo humedecer en pocos minutos.

Me tomó por las nalgas levantándome, abrazada a horcadas a su cuerpo y me llevó al cuarto de baño donde procedió a desnudarme mortificantemente despacio. A medida que mi ropa caía, sus labios recorrieron mi cuerpo indefenso, allí de pie, descalza sobre las frías baldosas del baño y, cuando me tuvo más que a punto, me tomó de la mano y nos sumergimos en el agua jabonosa, mirándonos, casi descubriéndonos. El lugar estaba en penumbra, lo que me hizo sentir más segura, principalmente porque mi esposo prefería las mujeres voluptuosas y de cabello oscuro. Aún no aterrizaba en la

idea de por qué habíamos terminado juntos, pero le pedí a esos pensamientos que me abandonaran. Me giró sin dificultad, dejándome apoyada sobre las rodillas, mientras mis brazos descansaban en el borde de la tina y, sobre ellos, mi cara empapada en vapor. Me tomó por las caderas y se deslizó en mi interior lentamente, luego sus movimientos se tornaron más desaforados, casi feroces, a la vez que aporreaba mis nalgas con las palmas de sus manos.

En un primer instante no supe cómo sentirme al respecto, luego fui consciente de que no lo estaba disfrutando, que todo ese momento previo de seducción se había ido al garete, que confirmaba de repente no conocía a Camilo, y mucho menos él a mí. Traté de zafarme, pero sus manos firmes sobre mi cintura me lo impidieron, o a lo mejor él malinterpretó mis movimientos y creyó que le estaba siguiendo el juego. Su velocidad no hizo sino aumentar mientras yo me aferraba al borde de la tina y mis manos apretaban una esponja de baño. Unas lágrimas inoportunas se escurrieron por mis mejillas sin haber sido apenas consciente de ese llanto, sin lograr establecer la verdadera razón por la cual lloraba. Mi única certeza fue que algo se rompió ese día, justo en el instante en que Camilo alcanzó el clímax dentro de mí, dejándome una sensación de impotencia y vacío.

—¡Qué bien lo hicimos, flaca! —me susurró al oído justo antes de incorporarse.

Se envolvió en una bata de baño y me dejó a solas, más confundida que enojada. No pasé por alto que ni siquiera se había molestado en que yo llegara al orgasmo. Como si fuera poco, me había golpeado las nalgas como siguiendo la coreografía de una película porno barata. Tardé en salir del baño esa noche y, cuando lo hice, Camilo ya estaba dormido.

Odiaba que me llamara flaca, pero él no lo sabía, como tampoco supo que aquella mañana, poco más de un año después, en esa misma tina, había decidido concederme a solas aquel orgasmo negado.

3

MARÍA

Crecí sin saber quién era mi padre, pero mi madre era una verraca, así que a mí esas vainas paternas poco o nada me afectaban. Yo era la mayor de tres hermanos y la única mujer, y vivíamos en una casa de bahareque, de dos ambientes a las afueras de Hierbabuena, un pueblo de montaña ubicado al suroccidente del país. En el primer ambiente estaban las camas y en el segundo la cocina y el comedor. Un poco más alejado se hallaba el baño, casi en la mitad de la huerta, como muchas de las casas del pueblo.

Cuando terminé la primaria, y por cosas del espíritu santo, mi madre resultó embarazada del primero de mis hermanos, así que yo dejé los estudios y me dediqué a ayudarla con el quehacer de la casa y el cuidado del niño. No sé si fue una excusa, porque a mí de todos modos no me gustaba la escuela, pero por lo menos alcancé a aprender a leer, escribir y las cuatro operaciones básicas, cosa que de poco o nada me serviría en el futuro que me aguardaba, acechando como un lobo hambriento.

Dos años después, mi madre quedó embarazada de nuevo, y por la época en que nació el niño yo empecé a andar con Robin. Al principio no tenía claro qué cargo ocupaba él dentro de la guerrilla; yo poco o nada de jerarquías, y aunque era bajo de estatura, me gustaba que anduviera armado y en moto; eso me hacía sentir superior a todas esas culicagadas que se creían mejor que las demás porque vivían cerca de la alcaldía. Al parecer, entre más cerca del

centro del pueblo era mayor el estatus y para mi desgracia mi casita era de las más alejadas.

Yo me le volaba a mi madre por detrás de la casa, por el huerto, porque ella no aprobaba mi relación con Robin. Decía que, no solo estaba muy joven para pensar en novios, sino que, de andar con alguien, mejor me consiguiera un muchacho del pueblo, uno sano. Pero es que no sé por qué a una mujer le gustan los peligrosos.

—Mire a ver si puede volver a la escuela el otro año y hacer, aunque sea hasta el cuarto de bachillerato. No quiero que siga mis pasos —me repetía ella con su mirada cansada.

Pero yo la ignoraba y apenas escuchaba el pito de la moto, me escabullía por entre los matorrales y me sentaba a horcajadas detrás de él, abrazándolo, segundos antes de que arrancara. Luego nos perdíamos en la negrura de la noche.

Esas precauciones eran inútiles, porque, como dicen los mayores: pueblo chico, infierno grande, y mi relación con él era un secreto a voces. Lo sabía hasta la señora del puesto de arepas de la plaza principal; es más, juraría que esa fue la vieja chismosa que le llegó con el cuento a mi madre, la que le llenó la testera con verdades sobre mis escapadas, verdades que era mejor que no supiera.

Siempre fui muy considerada con mi madre, aunque no cariñosa, pero si ayudaba desde chiquita en el huerto, a barrer la casa, prender la estufa de leña y a lidiar con las gallinas. Ella, por su parte, trabajaba medio tiempo en una panadería, y sin falta una vez al mes, el hombre misterioso nos dejaba un atadito de billetes sobre el aparador de la cocina.

Solo vi su rostro una vez en esas visitas nocturnas, de pasada y sin que se diera cuenta, pero asumí que ese era el famoso espíritu santo que había dejado embarazada a mi madre, que era el padre de mis hermanos o por lo menos de uno de ellos. A ella no le gustaba hablar del pasado, pero sabía que había enviudado joven, así que no la juzgaba, porque a lo mejor no lo hacía por la plata sino porque aquel hombre le gustaba o incluso lo amaba.

Lo colaba bien entrada la noche a la pieza que todos compartíamos, cuando nos creía dormidos. Mis hermanos dormían juntos, como troncos en una misma cama, yo en otra muy angosta y mi madre en una tercera, un poco más ancha. Su espacio, por así decirlo, estaba separado del nuestro por una cortina, que era lo suficientemente liviana como para que alcanzara a ver sus siluetas, iluminadas por la luz de la luna que entraba por una ventana junto a su cama.

Desde que tenía memoria me gustaba espiarlos, fingir que dormía y observar sus movimientos. Pero lo que me excitaba era escuchar los sonidos que intentaban aplacar, sobre todo ella. Estaba mal que lo confesara, a una madre se le debe respeto; pero no era mi culpa, siempre tuve el sueño liviano.

En una ocasión, los acompañé desde mi cama, tocándome semidesnuda y bocabajo para no dejarme pillar. Los gemidos de los tres se mezclaron en el pequeño espacio que nos daba cobijo. Los de él más fuertes, embravecidos, los de nosotras más sutiles, pero igualmente intensos. Ese fue mi primer orgasmo, mi primer contacto con el sexo, con el placer y el deseo. Desde que andaba con Robin, en mi delirio imaginaba que mis manos eran las suyas, que era él quien me acompañaba en mi primera vez, quien me tocaba por todas partes, así como yo lo hice en esa noche húmeda.

Después de ese episodio, me carcomía el remordimiento. No podía mirar a mi madre a la cara, sentía que le había faltado por cometer un acto indebido, algo que de seguro me llevaría al infierno. No pude soportarlo más y pocas semanas después, decidí ir a confesarme con el padrecito, un domingo poco antes de las cuatro.

La iglesia de mi pueblo me parecía imponente, a pesar de su sencillez: toda blanca, y con esos vitrales bonitos por donde entraba la luz en los días soleados. Ingresé con timidez, como si los presentes pudieran ver mi falta grabada en la frente, pero, como se celebraba un funeral, a esa hora de la tarde nadie me miraba, a excepción de las imágenes de ángeles en los cuadros y las estatuas de los santos. Sus ojos acusadores parecían leer mi pecado, y aunque

siempre me habían inspirado temor, ese día la sensación fue más intensa. Mi madre coincidía conmigo en que esos ojos parecían perseguirlo a uno para donde se moviera, pero un día en misa el padrecito nos explicó que era el estilo que se utilizaba en la época en que se pintaron los cuadros. Igual no estaba convencida y creía que la cosa era conmigo.

Encendí una vela, echando una monedita a mi santo favorito, San Judas Tadeo. Mi madre pensaba que era devota de él por ser el patrono de las causas imposibles, pero en realidad era porque su imagen me parecía la más bonita, con su cabello rubio y sus rizos. Ya con prender aquella vela me sentí confesada.

Salí del lugar que me intimidaba, y aún no había acabado la misa. Al verme en la calle, empecé a sentirme mejor. Me había librado del tormento de la confesión que, en últimas, me parecía peor que el de la traición.